

El poder de tus acciones para edificar o destruir // Ramón Ubillos

La importancia de edificar a los demás y usar nuestras fortalezas

La carta a los romanos, capítulo 15, versículos 1 y 2, nos enseña a soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos, sino agradar al prójimo en lo que es bueno para su edificación. Dios nos llama a ser edificadores, a construir vidas firmes y bien asentadas, evitando chapucerías y enfocándonos en moradas eternas en lugar de placeres temporales. Cada persona tiene fortalezas y debilidades, y al igual que Aquiles tenía un punto vulnerable en su talón, debemos reconocer nuestras limitaciones y buscar la fortaleza de otros para edificar nuestras vidas.

La palabra de Dios nos instruye a utilizar nuestras fortalezas no para aprovechar a los débiles, sino para edificar a los demás. Así, podemos rodearnos de personas fuertes y ser corresponsables de la vida de quienes nos rodean. La queja no edifica; por el contrario, debemos consolar a otros con el consuelo que nosotros mismos hemos recibido. El amor y las acciones encaminadas a edificar son esenciales, tal como lo enseña Primera de Corintios 14:12, donde los dones espirituales deben ser usados para la edificación de la Iglesia.

El egoísmo y la necesidad de preocuparse por los demás

El egoísmo es un comportamiento común, ya que muchas personas creen que el mundo gira en torno a ellas. Sin embargo, el

Señor enseña que el centro de la vida debe ser Él y no uno mismo. Cuando se tiene una actitud egoísta, nunca se dará ni se preocupará por los demás, pues siempre se estará enfocado en las propias necesidades. Dios nos llama a procurar el bienestar de otros y a estar atentos a sus necesidades. Tener el oído atento y la memoria preparada nos permite evitar el egoísmo y beneficiar a quienes nos rodean en lugar de pensar solo en nuestro propio beneficio.

La importancia de las palabras y el lenguaje en la edificación

Efesios 4:29-30 nos instruye a no permitir que de nuestra boca salga palabra corrompida, sino solo la que sea buena para la edificación y para dar gracia a quienes nos escuchan. Debemos ser conscientes del impacto de nuestras palabras, ya que los dones y el llamamiento son irrevocables y nos llaman a edificar la vida de los demás. Hablar para edificar evita que las malas conversaciones corrompan las buenas costumbres y nos convierte en instrumentos de bendición. La responsabilidad de edificar recae en cada persona, ya que nuestras palabras pueden crear problemas o fortalecer a quienes nos rodean.

La actitud positiva y el consuelo como herramientas de edificación

Animar y consolar a los demás en momentos de dificultad es fundamental. Una actitud positiva y la fortaleza personal nos permiten ser usados por Dios para edificar a quienes atraviesan pruebas. Hoy es el día de la redención, y debemos recordar que nuestra boca puede ser una fuente de vida para quienes nos rodean. La edificación es un proceso que influye positivamente en la vida de los demás, y debemos buscar ser instrumentos que generen entusiasmo y manifestación de la gloria de Dios a través de nosotros.

La fe y la presencia de Dios en momentos de crisis

En momentos de tristeza o aburrimiento, recordar la presencia de Dios puede cambiar la situación. Palabras como «Qué maravilloso es vivir en la presencia de Dios» pueden ser un mensaje de edificación poderoso. La fe es esencial durante las crisis, y recordar que Dios está con nosotros brinda paz y tranquilidad, tal como cuando Jesús calmó la tempestad. Ser un edificador implica fortalecer a otros y proclamar la gloria de Dios, convirtiéndonos en un canal de bendición en situaciones de necesidad.

La edificación espiritual y la restauración de vidas

La edificación va más allá de lo físico; es también espiritual. Ayudar a otros a crecer y tener vidas plenas nos da satisfacción al ver su progreso. Isaías 58:9-12 nos recuerda que al invocar a Dios y actuar con generosidad, nuestra luz brillará incluso en la oscuridad, y podremos restaurar generaciones enteras. Quitar de nuestra vida el yugo, la amenaza y las vanidades permite ser reparadores de portillos y restauradores de caminos, edificando vidas con propósito y esperanza.

El papel de los reparadores y solucionadores de conflictos

Dios nos llama a ser como fuentes de agua viva, capaces de superar conflictos diarios y restaurar lo que otros han roto. Aquellos que tienen la gracia de Dios son llamados a reparar y arreglar, no a destruir. La edificación incluye solucionar problemas de manera efectiva y duradera, siendo instrumentos de paz y reconciliación, mostrando la obra de Dios en la vida

de los demás.

La sanidad y la reparación en las vidas de los demás

Nuestra vida puede marcar la de otros, trayendo sanidad y restauración donde ha habido daño. Es importante estar preparados y haber sido reparados personalmente, para poder edificar a quienes han sufrido y ayudarles a avanzar. En lugar de señalar fallas, podemos ser corresponsables en la vida de otros, edificando, restaurando y fortaleciendo corazones quebrantados, llevando renovación y bendición a su entorno.

Las debilidades y la defensa contra el enemigo

Reconocer nuestras debilidades y fortalecerlas es esencial para evitar que el enemigo abra brechas en nuestra vida. El enemigo ataca donde hay vulnerabilidad, pero podemos construir muros de fortaleza que lo frenen. La edificación consciente protege nuestras áreas débiles y nos prepara para enfrentar desafíos espirituales y personales, asegurando que nuestras vidas y las de quienes nos rodean estén bien cimentadas.

La restauración de vidas y la obra de Jesús

Jesús vino a restaurar vidas y preparar lugares donde el Espíritu de Dios pueda morar en libertad. Podemos ser restauradores de caminos, edificando y apoyando a quienes han caído, como enseña Primera de Corintios 3:10-13. La restauración es un proceso continuo, y ser parte de ella nos permite contribuir a la libertad espiritual y emocional de quienes nos rodean.

La base de Jesucristo y los materiales de la edificación

La base de toda edificación debe ser Jesucristo, sobre la cual se construye con materiales que resistirán la prueba del tiempo y del fuego. Oro, plata y piedras preciosas representan elementos celestiales, mientras que madera, heno y paja simbolizan lo humano y perecedero. Cada obra será probada, y es fundamental edificar con materiales dignos para superar las pruebas, tanto en nuestra vida como en la de quienes nos rodean, asegurando un legado sólido y eterno.

La vida como templo de Dios y su propósito

Efesios 2:19-22 nos recuerda que somos miembros de la familia de Dios y que debemos ser edificados como templos vivos. Cada creyente tiene el propósito de ser morada de Dios, y nuestras vidas deben ser dignas de Su presencia. Pedir al Señor edificación personal asegura que nuestro hogar espiritual sea un lugar donde Dios se sienta a gusto, digno de Su gloria y de su cuidado.

La temporalidad de las creaciones humanas y la eternidad de Dios

A través de la historia bíblica, observamos que las construcciones humanas son temporales, mientras que Dios busca edificar moradas eternas. Así como David reconoció que el Señor habitaba en una tienda provisional, debemos entender que nuestro objetivo es edificar vidas y espacios duraderos en la eternidad. La edificación mutua permite disfrutar de la vida en bendición, como un constructor orgulloso de su obra que comparte con otros.

El compromiso con la bendición y la edificación mutua

No debemos quejarnos de quienes nos rodean, sino comprometer nuestra vida a bendecirlos. Al edificar bendición en los demás, nuestra propia vida también se llena de gracia y prosperidad espiritual. Es fundamental asumir la responsabilidad de ser edificadores y pedir a Dios la capacidad de influir positivamente en quienes nos rodean, orando para que de nuestra boca solo salga bendición y no maldición, fortaleciendo la iglesia y la comunidad a nuestro alrededor.